

# A. Hartmann y A. Wetmore y las Serpientes del Chagres, 1955

Por: Stanley Heckadon-Moreno

En el número previo de **Epocas** dejamos a Alexander Wetmore, ornitólogo del Instituto Smithsonian y a su baquiano Armagedón "Gedon" Hartmann, campesino de las tierras altas de Chiriquí, en enero de 1955, instalados en Juan Mina, estación de campo del Instituto Gorgas de Medicina Tropical. Ese año el Gorgas cumplía 27 años. Desde aquí ambos colectan aves acuáticas a lo largo del Chagres con apoyo de Henry Van Horn, encargado de la estación. En cayuco Van Horn movilizaba a médicos, entomólogos y técnicos del estudio y control de la malaria en cinco caseríos del río, iniciado en 1929. Como Juan Mina tuvo un papel importante en diversas investigaciones de salud rural, daremos pincelazos de su historia.

## De caserío del río a plantación de la Zona

Fue Juan Mina un caserío de campesinos negros del Chagres, que vivían de la

agricultura de roza y la venta de guineo. Pero, en 1904, al iniciarse el canal, el poblado queda dentro de la Zona del Canal y sus pobladores deben emigrar río arriba. La mayoría de los poblados del río quedaron bajo las aguas del Gatún. Poca atención se dio a la desaparición de la agricultura campesina en el Chagres. A falta de productos tropicales locales, el Canal los trajo de las islas caribeñas de Colombia y Costa Rica. Pero la primera guerra mundial trae escasez mundial de alimentos. Para abastecer sus comisarías, la Comisión del Canal establece fincas ganaderas, porcinas y de gallinas. Asimismo, 15 plantaciones agrícolas: Peña Guapa, Emiliani, Manawa, Mindi, Sweetwater, Bracho, Frijoles, Davis Place, Venado, Nueva Culebra, Cascadas, Juan Mina, Las Guacas, Chilibre y Limón. Las cuatro últimas sobre el curso medio del Chagres.

En Las Guacas plantaron guineo, plátano, yuca, batata y pie de cría de ganado. En la boca del Chilibre, plátanos, oteo y dashee. En las ajuntas del Limón con el Chagres, banano, caña de azúcar y batatas. Tenía

casas para capataz y obreros. En el sitio del viejo poblado de Juan Mina, una finca de cítricos con miles de árboles de naranja, toronja y limón. Entre las hileras de cítricos, maiz y batatas. Contaba con sistema de riego para verano, casa del mandador, barraca para obreros, depósito y establo.

Si bien cruzar barcos resultó buen negocio para el Canal, las plantaciones no lo fueron. La agricultura tropical resultó cara e imprevisible. "Hemos gastado y gastamos, grandes sumas en desarrollar plantaciones- se quejaba el Gobernador de la Zona en 1917-gastos justificados y necesarios por los altos precios y carestía de alimentos... indispensables para determinar si en el Istmo puede o no cultivarse alimentos con éxito." Según el gobernador, dos eran los mayores obstáculos. Uno, el desinterés de los ex obreros antillanos que construyeron el canal en ser peones agrícolas. Habría que replazarlos con agricultores chinos. El otro, el alto costo de convertir la selva a cultivos, que variaba de \$75 a \$150 por acre. Todo un capital en esos días. Terminada la guerra las plantaciones se abandonan y la selva retorna.

## Estación Entomológica

En 1938, el Canal autoriza al Gorgas acondicionar las instalaciones de Juan Mina. "La Estación Entomológica de Juan Mina- informa el Gorgas ese año- ocupa la cabaña... que servía de hogar al superintendente de la plantación. Se ha equipado para que allí sea posible vivir y trabajar. Se ha convertido en sede para personal del Laboratorio y científicos visitantes." Solía tomar 90 minutos viajar de Panamá a los caseríos del Chagres, por carretera y luego en bote, para tomar muestras de sangre y colectar insectos, luego volver a la capital. La estación redujo el viaje diario a uno redondo semanal. A cinco minutos de la estación río arriba, estaba Santa Rosa y a 30 minutos el poblado más distante.

Contaba la estación con pozo de agua a motor y tanque de almacenamiento, planta eléctrica y baterías para los microscopios y alumbrar las instalaciones, neveras y estufas de kerosene. Aquí residía el entomólogo principal. Para 1940, el encargado era D.M. Jobbins. Ese año, los doctores H. Bartlett y T. Lasser, botánicos de la Universidad de Michigan, la utilizan para estudiar la vegetación acuática del Chagres y lago Gatún, como criadero de mosquitos anofeles.

Otro estudio realizado desde la estación fue el de serpientes. Antes deseo hacer un comentario previo.

## Cuentos de culebras

En mi infancia, a orillas del Chiriquí Viejo, tema frecuente de conversaciones eran las culebras. Sobre todo las venenosas que abundaban, por la finca de mis abuelos, rodeada de selvas y ciénagas. Alejados de toda instalación médica, temía me picase una víbora. Sin refrigeración, guardábamos el arroz cortado a mano en grandes bancos y las mazorcas de maíz, en jabs hechas de bejucos y el frijol en tulas y damajuanas. En la cocina, sobre la barbaoca arriba del fogón de cuatro piedras, ahumábamos carne en tasajo y pescado salado con sal cruda comprada, por arrobas envueltas en hojas de bijao, a las familias que en verano hacían salinas en el Salao de los Guabos. El pescado era de mar, pues salíamos frecuentemente en bote al Golfo de Chiriquí, desafiando la barra de la Boca de Los Espinos.

Esta comida atraía ratones, un imán para las culebras. Al anochecer e irse uno a bañar al río, topaba víboras en el patio. Obligatorio eran las botas de caucho y el foco de baterías. Cuando aparecían víboras grandes, mi abuelo quemaba el pungente cacho de vaca o embarraba cuatro mazorcas de maíz con manteca de lagarto, echando una en cada esquina. Si un animal se trepaba al piso alto mi abuelo, en su voz calmada, pedía quedarnos quietos en cama mientras él, machete y foco en mano, la rastrea. En la oscuridad nadie dormía hasta que no diera con ella.

Mi abuelo Aurelio Moreno y mi bisabuelo Angel, fueron grandes baquianos. Gente de montaña, que sin mapa ni brújula, fijaban rumbo sin perderse. A fines del siglo XIX cruzaron muchas veces la Cordillera



Sobre estas líneas, Juan Mina la famosa Estación Entomológica del Laboratorio Gorgas de Medicina Tropical a orillas del Chagres. Diciembre 15 de 1955.

Foto, A. Wetmore. Archivos, Instituto Smithsonian.



Henry Van Horn responsable de la famosa Estación Entomológica de Juan Mina, operada por el Laboratorio Gorgas de Medicina Tropical durante sus estudios pioneros sobre los insectos portadores de malaria y otras enfermedades tropicales entre los campesinos del río Chagres. Gamboa, Diciembre 10, 1955. Foto: A. Wetmore. Archivos, Instituto Smithsonian.

arreando sacas de ganado a pie, de Chiriquí a Chiriquí Grande, Bocas del Toro, sede de las primeras plantaciones de banano. Aquí conseguían monedas de plata y no el devaluado peso colombiano de papel. Cruzar de mar a mar por el Camino de Caldera, era arduo y peligroso. Trillo selvático, angosto y empinado, con numerosos cruces de ríos y quebradas. En este trajín tuvieron muchos roces con culebras venenosas. En la jaba que a espalda cargaban, impermeabilizada con hojas de bijao, guardaban su café, raspadura, arroz, yesca para hacer fuego, muda de ropa y manteca de lagarto para cortadas y ahuyentar las víboras. Mi abuelo hablaba con respeto de las grandes culebras venenosas que topaban, entre ellas la patoca, corta, gruesa, capaz de saltar y de mordida mortal.

De temprano vi lo terrible de las mordeduras de culebra. Salvador, el mayor de mis tíos, como mi bisabuelo, fue afamado curandero. Venían a verlo gente del Chiriquí Viejo, de Puerto Armuelles y los pueblos de la Línea del Ferrocarril de Chiriquí y hasta de David. Buscaban tratamientos para sus enfermedades y dolores, cortaduras y picadas de serpientes ohechizos. Una madrugada, trajeron en hamaca a Ño León, papá de Chica Aguirre, familia que vivía río abajo. Se retorció, gemía de dolor y vomitaba. Al palpar su corazón, dos chorros de sangre brotaban por las heridas que arriba del tobillo le dejaron los colmillos del animal. Tenía la pierna hinchadísima, de color negruzco verde. La víbora lo picó al anochecer cuando una pionada cosechaba a mano un arrozal. Era tiempo de luna llena y marea alta de aguajes cuando, según los curanderos, el veneno de las serpientes es más potente. Las cutarras no daban protección al herido.

Tan grande fue el animal que ño León cayó inconsciente al suelo. Se dieron cuenta a la cena y al no llegar, salieron en su busca encontrándolo en el suelo, entre las matas de arroz. Mi tío le dio pócmias pero dijo que estaba pasao, mejor lo sacaban a un hospital, que le aplicaran suero antiofídico y transfusiones. Con estoicismo campesino, lo metieron a la hamaca y tomaron el trillo a Divalá. Allí la telegrafista pidió la avioneta a David para llevarlo al hospital. Ño León se salvó, de milagro.

## El censo de serpientes, 1929-1954

A inicios del siglo XX, en las selvas y sabanas de Panamá, abundaban las serpientes. Frecuentemente el hombre y sus animales eran mordidos, a veces mortalmente. En 1929, el Dr. Herbert Clark, director del Gorgas, inicia el censo de serpientes que lideraría hasta jubilarse, en 1954. Aunque el objetivo eran las venenosas, el estudio abarcó todas las especies. Se desconocía cuántas había, cuáles eran venenosas y su distribución. Cada país tenía distintos nombres para las especies. Médicos y enfermeras carecían de entrenamiento y los sueros antiofídicos eran pocos.

Se sumaron al estudio los herpetólogos Thomas Barbour, de la Universidad de Harvard; E.R. Dunn y J. R. Baily, del Haverford College; la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia y médicos de la United Fruit Company, en Armuelles y Bocas del Toro. Barbour aporta fondos para dar recompensa por cada cabeza de serpiente, mas unas cuantas pulgadas del cuello. Se colocaban en frascos con formalina remitiéndose a Harvard para su identificación. También se pagaba por serpientes vivas, para extraerles el veneno y con otros institutos médicos en Brasil y

Estados Unidos, dar con antidotos.

Como la mayoría de la población era rural y vivía cerca a ríos, las colectas se iniciaron en el Chagres, incluyendo los lagos Madden y Gatún. A lo largo de la zona platanera y bananera del bajo río Yuira en Darién, las minas de oro de Cana y Jaqué. En provincias centrales, el río Santa María en cuya boca operaba una empresa maderera. También en el Río Grande y Río Hato, Coclé. Al este de la capital, a lo largo de las sabanas de Pacora y Chepo hasta río Bayano. Asimismo, la zona bananera de Armuelles y en Boquete, la finca cafetalera Lérica. Otro punto de colecta fue las minas de oro del Río Concepción, vertiente Caribe de Veraguas. Finalmente, se colectó en Coiba, isla penal de Panamá.

De 1929 a 1933 se enviaron a Harvard 2,133 serpientes de nueve puntos en el Istmo. Para 1938, sumaban 8,520 especímenes, 255 de ellas venenosas. Al concluir el estudio en 1953, el total era de 13,745 serpientes, de las cuales 3,275 o sea el 24%, eran venenosas, pertenecientes a 16 especies.

En su primer informe de avances, de 1942, Clark comentaba que, contrario a la opinión existente, al talarse la selva aumenta el número de serpientes, sobre todo si hacían cultivos que atraían a los roedores, principal alimento de las serpientes. En regiones selváticas poco pobladas, la gente estaba menos expuesta a las mordeduras que una región agrícola densamente poblada.

Según Clark, la serpiente venenosa más grande y común era llamada por los franceses fer de lance. En Colombia y Panamá equis y terciopelo en Costa Rica y

Nicaragua. En Honduras y Guatemala como *barba amarilla*. Los adultos alcanzaban hasta seis pies de largo y sus hijos, desde chicos, eran venenosos. La mayoría de las picaduras graves de culebras en Panamá eran a causa de las *equis*

En las sabanas del Pacífico y las selvas Caribe eran comunes la *patoca* y la *tamagas* que vivían de lagartijas. Mientras en arbustos y árboles vivía una víbora, también común a los cacaotales, conocida como *bocaracá*, *toboda de pestañas* y *oropel*. Al talarse las montañas era peligroso una mordida. Una serpiente rastreada de cuerpo corto, grueso y que saltaba al morder para inyectar su letal veneno era conocida por la gente como la *timbo* o *mano de piedra*. Vivía de roedores y lagartijas. La mayor de las venenosas, de 7 pies, se encontraba en zonas selváticas rocosas. La gente del Chagres la conocían como *verrugosa*, *mapana* y *cacabel mula*. En inglés, *bushmaster*. La terrible cascabel era común a las sabanas de altura de Chiriquí y Veraguas. Las corales eran de encontrar en ambas vertientes del país.

Afortunadamente para los doctores, concluía Clark, el 80% de las mordidas por culebras venenosas era por las *equis*. A la sazón no había suero para las corales ni las verrugosas. Casi todos los mordidos venían a los hospitales urbanos de zonas lejanas, muchas horas después del accidente. La razón por la cual no moría más gente era que las venenosas al ser nocturnas inyectaban su veneno en los roedores y les tomaba a sus glándulas venenosas dos semanas para

Al servicio de tu salud.

CLINICA HOSPITAL  
**SAN FERNANDO**  
• Experiencia • Tecnología • Trayectoria

Central telefónica **305.6300** [www.hospitalsanfernando.com](http://www.hospitalsanfernando.com)

Asociados al  
MAINE CHILDREN'S HOSPITAL  
Tulane University  
Baptist Health South Florida